

Gabriel VILLOTA TOYOS



## Pánico en Sestao

¡Oh tiempos! Desde luego, tiempos de recesión: no es que la censura hubiera desaparecido de entre nosotros, no vamos ahora a ser tan ingeniosos; sabemos que sobre todo hoy los mecanismos censores operan en el ámbito económico y bloquean los productos «indeseables» en sus fases de distribución, fundamentalmente.

También sabemos que la censura más pedestre, la de andar por casa, surge esporádicamente, normalmente cuando las imágenes sirven para desatar los miedos atávicos de los más pudibundos de entre nuestros conciudadanos: o sea, cuando en ellas aparece el sexo, la abyección o la muerte, y cunde así el pánico moral. Hemos conocido casos a lo largo de estos últimos años, tanto relacionados con nuestras diputaciones como con el mismo Gobierno vasco y algún que otro ayuntamiento. Uno siempre achacaba este tipo de reacciones a la formación más o menos religiosa y/o jesuítica de nuestros próceres políticos, siendo éstos en su mayor parte jeltzales, y en todo caso podría esperarse también algo parecido o peor de la nueva derecha triunfante, pero ¿un socialista cayendo en semejante juego?

Pues sí, ha sido en Sestao, donde el alcalde ha clausurado por escandalosa una exposición en la que aparecían imágenes que herían su sensibilidad y la de, al parecer, algunos visitantes de la misma: ¡maravilla de tiempos democráticos, en los que los ciudadanos molestos pueden hacer oír sus quejas y verlas satisfechas de forma inmediata!; pero, ¿qué pasa con los que queremos disfrutar viendo las imágenes de Itxaso Díaz? Son las pequeñas contradicciones del sistema...

Lo triste del caso, además de que se dañe una obra pegando papelitos blancos sobre las fotografías (los tribunales deberán dictaminar la responsabilidad civil de los autores de dicha agresión) y de que se use la autoridad para imponer la moral propia al resto de la ciudadanía (y no son menores, precisamente, las dos cosas citadas), es ver hacia dónde apunta, en tanto que síntoma, este gesto político; pues, ¿qué podemos esperar de unos mandatarios cuyo orden moral se ve puesto en entredicho por la imagen de dos hombres besándose o manteniendo relaciones sexuales? ¿De dónde surge el escándalo que les lleva a pensar que la salud psicológica de sus hijos puede verse resentida por el simple hecho de contemplar dichas imágenes? «Sí señor, una felación, ye, ye ye», cantan Astrud en "Bailando". ¿Se tapará el alcalde los oídos? ¡Oh, tiempos!

# «Proyectos negociados» en Consonni Hace frío ahí fuera

Se ha hablado mucho del miedo del guardameta ante el penalty. Pero, ¿quién se acuerda del terror del astronauta al regreso de la misión? Debe de ser horrible volver con la cabeza cana y el terror a «salir ahí fuera» inyectado en los ojos: encender la tele y en el espacio antes inocente de «y volvemos después de la publicidad» una boca roja y un ojo hermoso que te espantan: «Yo soy una fisgo-

na» («Y tú, ¿qué miras, mirón?»; ir a ver películas oscarizables con diferentes e intrincados niveles narrativos donde la gente se mete en la cabeza de John Malkovich; abrir el periódico y asfixiarse con la expectación mediática suscitada por «El gran hermano», el próximo nuevo gran fenómeno televisivo desde que el Fari protagonizara «Menudo es mi padre».

Miren JAIO

**A** sí las cosas, ¿quién no se siente astronauta de la estación Mir? Todo cambia demasiado rápido; los cambios se acumulan unos encima de otros y, más que difícil, es imposible seguir el ritmo endiablado del baile mientras se intenta salir de entre los escombros de las ruinas de hoy en que se han convertido los edificios de ayer. Y no sólo eso. Este dogma del cambio perpetuo al que nos sometemos sin remedio viene cargado de una estetización impensable hace tan sólo unos años. Cada día más esclerotizadas, las estructuras artísticas asisten también aterradas a esta estetización de todos los aspectos de la vida cotidiana que ponen en entredicho su propio papel (y cuando se habla de vida cotidiana, se habla, sobre todo, de los *media*; y para entender esto no hay más que hacer repaso de los últimos y sofisticados anuncios de coches y servicios por internet vistos en la televisión). El problema ante el que se encuentran las instituciones artísticas no es que hoy el arte no tenga lugar, sino que el arte hoy tiene lugar en todas partes.

En este «sélvese quien pueda» que se vive en el mundo del arte, proyectos como el de *consonni* han optado por penetrar en los dispositivos de la realidad, aquéllos relacio-

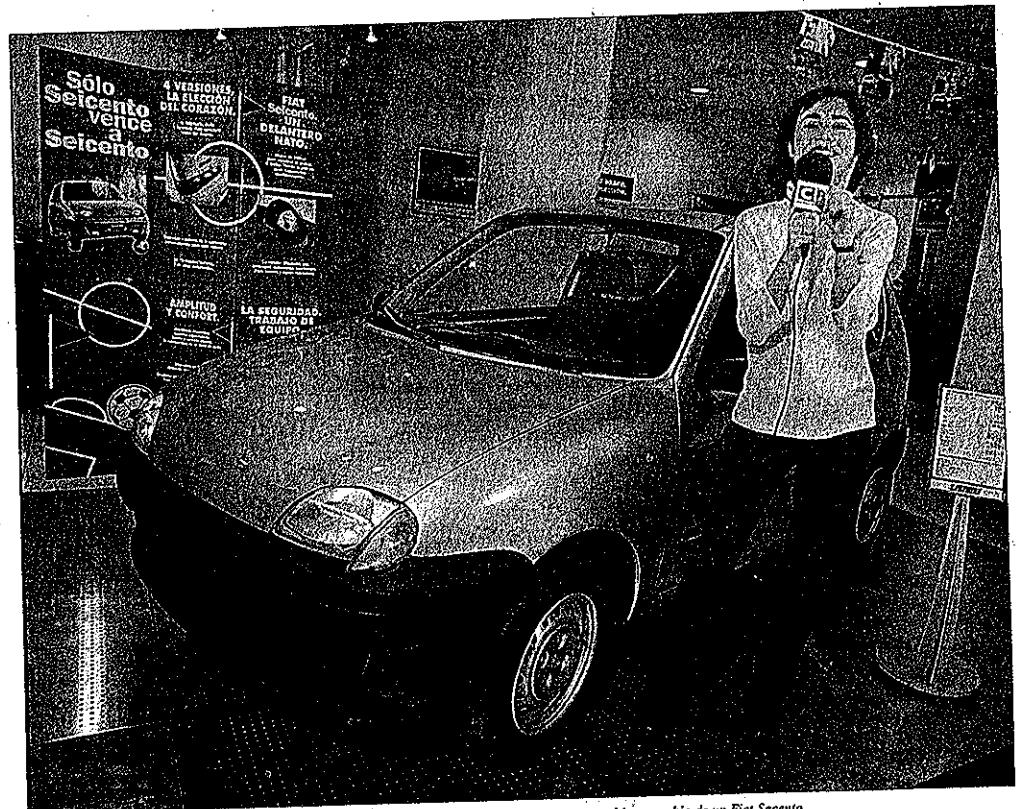
nados con la comunicación y la sociedad de consumo, los *media*, y funcionar desde dentro de éstos como forma de respuesta. Como afirma Franck Larcade, principal responsable de este proyecto que lleva funcionando desde 1997, a través de «la disolución en los *media*, aquéllos que formatean nuestra realidad», el arte sale del «espacio impune» de la galería para así «pasar a ser más visto, aunque paradójicamente sea más invisible». De esta manera, el arte y «su lugar de inscripción se desmaterializan», no existe un resultado artístico material, una obra física almacenable en los depósitos olvidados de algún museo. Para finalizar, a pesar de haber surgido como proyecto a partir de un espacio, una fábrica abandonada en la ribera de Deusto, *consonni* se desmarca no sólo de la adscripción a un espacio físico concreto sino de ofrecer propuestas contraculturales o explícitamente «alternativas». Así, *consonni* propondrá «proyectos negociados» desde dentro de los parámetros institucionales preexistentes.

Vayamos por partes. ¿A qué se refiere Larcade cuando habla de la sala de exposición como del «espacio de impunidad» del arte? Todo lo que tiene lugar dentro de la galería (ya sea una masturbación, una boda —por cierto, sé de una que acabó en divor-

cio al cabo de dos años—, una cena o un baile) es eso, pura representación de la realidad. Es decir, esos desgraciados que tuvieron la ocurrencia de casarse en aquella galería de Philadelphia porque los trajes blancos de los contrayentes y los invitados hacían juego con las paredes del «cubo» no sabían —o lo más seguro es que sí— que en realidad asistían a un teatrillo.

Continuando con esto, los riesgos asumidos dentro de la sala de exposiciones no son tales. Esta «impunidad» del espacio expositivo es la que permite al visitante de una galería poner la misma cara en blanco ante una pintura minimal que ante una performance donde el artista se corta las venas. Si esto a lo que asisto sucede dentro de la galería, entonces es pura representación, luego no tengo que aplicar las pautas, normas (y valores éticos y morales) que funcionan fuera de ésta, en la vida real; puedo tomar lo que se da en llamar «distancia crítica». Por contrapartida, continúa el razonamiento, todo lo que sucede fuera del dispositivo artístico por antonomasia se enfrenta con la realidad, no cuenta con la red protectora que provee el refugio seguro de la galería.

Prosiguiendo con este argumento, en el difuso «espacio exterior» el arte se encontraría con un contexto complejo en el que



«El Gran Trueque», de Mathieu Laurette, arranca con el intercambio de un Fiat Seicento.

arte



El último proyecto de Consonni se basa en la lógica absurda de los programas-concurso televisivos.

se ve forzado a «diluirse». Así, el arte llegará a espacios de uso mayoritario aunque disfrazado bajo otras formas que, en una primera mirada, no lo identifican como arte. De esta manera, alcanzará una mayor visibilidad, es decir, llegará a un público más amplio (hay que anotar que lograr una cierta democratización del arte no se cuenta entre

los objetivos del proyecto *consonni*) a la vez que se hará más «invisible», menos identificable como arte.

Mejor pasemos a ilustrar estos presupuestos teóricos con el último proyecto de *consonni*, "El Gran Trueque", de Matthieu Laurette. Este proyecto, que finalizó a fines del pasado febrero, se presentó como un

programa-concurso televisivo retransmitido por Canal Bizkaia. Siguiendo la lógica absurda común a los programas-concurso, el juego se plantea como una serie de intercambios de objetos que generan una cadena de pérdidas progresivas. Comenzando por un Fiat Secento de un valor de 1.013.000 pesetas, éste se intercambia por la compra

de un objeto de valor menor y así sucesivamente, culminando el proceso en un objeto de un valor tan vergonzosamente irrisorio que nadie se atreverá a intercambiar por otra cosa. La cadena de intercambios generada fue la siguiente: un coche, un ordenador con impresora, una televisión, una nevera, una licuadora, un disfraz de super-héroe y un juego de seis vasos.

No hay duda de que, ante la pregunta de si *consonni* logra sus objetivos con éxito con "El Gran Trueque", la respuesta sería afirmativa: se alcanza una audiencia (50.000 televisores) que en su mayoría no percibe el proyecto como artefacto artístico, pero por la que ya suspiraría más de un gran evento artístico convencional; el producto resultante no es una «pieza», un objeto artístico finalizado (aquél que quisiera adquirir la obra, tendría que pagar unos derechos por una «idea» registrada como tal en el Registro de la Propiedad Intelectual y susceptible de ser «reactivada»).

El proyecto *consonni* ofrece una alternativa sin duda refrescante al panorama de las instituciones artísticas en Euskadi. La noción que, sin embargo, resulta más conflictiva de asumir es la de que el hecho de salir de la galería suponga salir necesariamente del «espacio de impunidad». Otro absurdo programa-concurso más, pensará el televidente medio al encender la tele. A pesar de no descartar que la obra plantee al espectador cuestiones que, de otra manera, igual no se le pasarían por la cabeza (la resbaladiza cuestión de «valor», por ejemplo), sólo unos pocos son los elegidos que saben que se está asistiendo a un privilegio artístico. Nos encontramos ante dos tipos de audiencia que se solapan: las miradas a secas y las miradas avisadas que observan desde fuera. Es decir, la «distancia crítica» que el arte assume frente a la realidad está tanto dentro como fuera de la galería. El astronauta se aventura en el desconocido espacio exterior, sí, pero lo hace con la impunidad del que se sabe unido por un cable a la nave nodriza.

## Leyes naturales

«Contracultural», «resistente», «marginal», «residual», «periférico», «disidente», «nostálgico», «retrogrado», «heterodoxo», «alternativo»... Como la nieve para los esquimales, la noción opuesta al *mainstream* o corriente dominante es una realidad tan obsesivamente cotidiana que precisamos de incontables términos para nombrarla. Y, cuando la nombramos, lo hacemos siempre con la boca pequeña. Todo aquello que intenta primero oponerse y después escapar a lo normativo nos provoca más de un escrúpulo indisoluble.

Decidámonos antes de nada por un término, el más aséptico a ser posible: «periférico». De acuerdo. Pues bien, aquello que nace como fenómeno «periférico», y en esto por desgracia no hay discusión posible, está condenado a un brevísimo vuelo de gloria. Como el abejorro que coquetea morosamente en un extremo de la tela, su caída dentro de las redes de la gran araña *mainstream* —¡zas!— es inminente.

Sí, por desgracia el darwinismo rige también sobre la vida del reino del fenómeno cultural. La lógica de la implacable ley darwinista sería la siguiente: una vez neutralizado o «normalizado», enclaustrado en una celdilla construida a tal fin, el bicho ya no pica, no es ya socialmente peligroso. Y como muestra, podemos hacer repaso del cine de los últimos años y ver cuánto han tardado en graduarse en la universidad de Hollywood discursos minoritarios como la homosexualidad, el feminismo o las minorías étnicas.

¿Atreverse a subvertir las leyes naturales? Ah, no, eso no. Maestros consumados de la escuela del cinismo y maniatados cada uno en su celdilla, miramos con sorna desde la tela de araña a aquellos abejorritos que salen por ahí a libar de flor en flor. Y al acostarnos, nuestra última mirada se nos va al techo de la celdilla: «Qué bonito es el mundo».



### ESCALPURA

ELENA ASINS  
VANGUARDIA GALERÍA DE ART, BILBO  
HASTA EL 25 DE ABRIL

Un paso más en el extenso recorrido experimental de Elena Asins, que recrea su fascinación por la combinatoria matemática aplicada a la expresión plástica, obteniendo como resultado unas piezas formalmente rotundas. La sala cuajada por una serie de piezas cúbicas irregulares sobre peanas, oscuros «menhircos» idénticos en su forma y formulación, dinámicos y cambiantes por su disposición, que invitan al recorrido y aluden a la arquitectura, la geometría y el ritmo; y las obras sobre papel —referentes o consecuencia de las primeras—, que plantean el diálogo luz-sombra y la dicotomía figura-fondo.



### FOTOGRAFIA

JOXEAN OLAZAGOITIA  
PHOTOMUSEUM, ZARAUTZ  
HASTA EL 30 DE ABRIL

Dentro de su impecable trayectoria, centrada tanto en la recuperación de la memoria y la historia de la fotografía entre nosotros como en la difusión del trabajo de artistas actuales, el Photomuseum zarautzarrá nos ofrece en esta ocasión una muestra dedicada al trabajo de Joxean Olazagoitia, quien, bajo el título "Laruzazala-In memoriam", realiza con sus fotografías un acercamiento casi antropológico a la piel, como conjunto temático, en al menos un doble sentido: la piel del cuerpo humano fotografiada, y la superficie de la propia fotografía como piel artística.

### DISEÑO

VARIOS  
EDIFICIO LA ALHÓNDIGA, BILBO  
HASTA EL 27 DE MAYO

El edificio de La Alhóndiga vuelve a abrirse al público como lugar de exposiciones, tras una extraña trayectoria durante los últimos años, que nos ofreció desde las instalaciones luminosas de Brian Eno hasta el llamado «túnel del terror». A la espera de que el emblemático edificio bilbaino adquiera definitivamente un uso que lo identifique, ésta es una buena ocasión para ver la amplia muestra de diseño que allí se nos ofrece. Organizada por el Centro de Diseño DZ, se trata, por otro lado, de una de las escasísimas ocasiones que se dan en nuestro entorno para acudir a una exposición de estas características.